

El toque de un estilo: la fotografía de SEMO

Heladio Vera Trejo



SEMO, *Sarita Montiel*. Col. SINAFO-INAH, núm. de inv. 348289

La fotografía ha permitido que el hombre descubra su concepción del mundo en imágenes. A través de este símbolo irreductible de la modernidad, que nació con los atributos necesarios para alcanzar rápidamente el éxito, hoy podemos hablar de una técnica con historia que centró su atención en el profundo deseo del hombre por lograr la inmortalidad del rostro humano. Para ello ha manipulado el retrato fotográfico, para buscar la permanencia de la efímera belleza del retratado, conservando el mejor momento de ese rostro, a través de sus necesarios afeites.

Los cultivadores del retrato se han sucedido sin interrupción, demostrando lo útil que ha resultado ser este género fotográfico que ha pasado por un proceso experimental de diversas técnicas, inciertas en su momento, pero que han podido llegar hasta nosotros

como los daguerrotipos, ambrotipos, ferrotipos, etcétera. Con su carácter de obras irrepetibles, estas imágenes de cámara fueron el receptáculo de una serie de intervenciones que incidían tanto en los aspectos superficiales como estructurales de la imagen, como el coloreado que garantizaba una copia cromática acorde a la visión natural, que si bien en un sentido se alejaba de lo auténtico del medio, permitía cobrar un realismo cautivante. Posteriormente el proceso de copias múltiples, en sus diversas soluciones, continuó con la práctica de intervención.

En el trabajo temprano el retoque fue un reforzador de líneas, texturas y tonalidades sutiles que separaban los distintos planos formales de la imagen, en la búsqueda por embellecer la escena mediante la tonalidad de la copia o incorporando color. El retoque considerado en su dualidad técnico-artístico abría su propio espacio, como si fuera la obra, embellecedor de la obra original obtenida con la cámara fotográfica. Normalmente en la tarea del retoque se buscaba de manera sutil ocultar el trabajo, cambiando lo menos posible el registro fotográfico, limitándose a atenuar defectos. Se trataba de eliminar tan sólo aquellos que no afectarían la interpretación del carácter del retratado, pero dando una mayor expresión de vitalidad.

Simón Flechine fue uno de los grandes cultivadores del retoque fotográfico. Como extranjero en el ámbito nacional mexicano para los inicios de los años cuarenta, no le llevó mucho tiempo arraigarse en México, en el que se procuró un espacio de trabajo. A fuerza de tesón, en dos décadas acuñó un nombre comercial, Foto SEMO, por donde desfilaron una gran cantidad de personajes de la vida intelectual y artística nacional: escritores, bailarines, músicos, cantantes, vedettes, actores de cine y teatro. Todos ellos fueron objeto del tratamiento amable de SEMO, al ser el blanco de sus luces dirigidas. Entre su sencilla utilería, este maestro de la lente hacia acopio de ingenio para destacar la personalidad del retratado. Para ello realizaba una serie de tomas, entre 12 y 50 placas fotográficas por sesión, formato 5 x 7 pulgadas. Las procuró exponer



SEMO, *Andrea Palma*, negativo de trabajo y positivo. Col. SINAFO-INAH, núm. de inv. 328441



y procesar en forma que se garantizara la gama tonal que le permitiera realizar su característico y magistral retoque. El formato facilitaba esta cuidadosa tarea de maquillar a lápiz todas las imperfecciones tanto de la toma como del físico del sujeto, según los cánones de belleza de la época. El trabajo lo llevaba a cabo primero en una copia por contacto, marcando con bolígrafo o plumín las áreas de la imagen que requerían del retoque y, posteriormente, lo realizaba directamente en el negativo. Cabe señalar que SEMO ya no usó película de nitrocelulosa que de alguna forma ocultaba por la filtración de la luz, resultando en una gama tonal que no favorecía a los rostros. Invariablemente todas sus placas (25 698 negativos originales) fueron manipuladas y oscilan de un toque sutil hasta la reconstrucción, en ocasiones severa, de la imagen. Su tratamiento de los negativos superó a tal grado el original, que lo hizo ganar fama y fortuna. SEMO se aseguró una clientela, pues satisfacía sus caprichosos deseos y el imaginario del público que consumía estas imágenes de personajes públicos. Pasaba en segundo término la autenticidad, que no era uno de los ideales del momento, especialmente para el mundo cinematográfico.

El retoque de este autor por tanto está sujeto a un criterio por la época y el ámbito en que se movía su clientela. Más que la personalidad real del retratado, se trataba entonces de reflejar el personaje con el cual se identificaba su carrera artística en el momento de la

pose. Para realizar este trabajo hay que conocer la construcción del rostro humano, los músculos que determinan y controlan la interpretación de las emociones. Es la expresividad el factor determinante en esta obra.

El retoque hecho por Flechine se ubica entre dos

procesos: el aditivo y el sustractivo. El primero consiste en adicionar a la ya existente opacidad de los granos de plata metálica; una opacidad suplementaria por medio de colorantes y grafito de lápiz, y el sustractivo se basa en la reducción química, selectiva, en el negativo, esto es cuando la opacidad que presenta el negativo es excesiva en algunas partes, presentando dificultad para el registro de detalles durante su positivado. SEMO utilizó un pincel o algodón mojado en una solución de hiposulfito y ferricianuro, según la fórmula de Farmer; también realizó eliminaciones parciales con buril o cuchilla raspando, o bien friccionando con pasta abrasiva para la aplicación en áreas grandes.

La totalidad del acervo de negativos de SEMO conservados en la Fototeca Nacional del INAH, presenta una gama diversa de técnicas que van del retoque químico al mecánico, sobresaliendo el uso del grafito como maquillaje generalizado en las imperfecciones evidentes, y aún las mínimas, que hacía posible vencer los efectos del tiempo en el ser humano, especialmente en el rostro, así como los olvidos a los que está sujeta la manipulación fotográfica.



SEMO, *Rosa Rimoch*, Col. SINAFO-INAH, núm. de inv. 731097